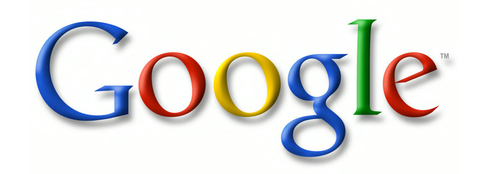




* * *

This is an authorized facsimile of the original book, and was produced in 1971 by microfilm-xerography by University Microfilms, A Xerox Company, Ann Arbor, Michigan, U.S.A.



POESÍAS

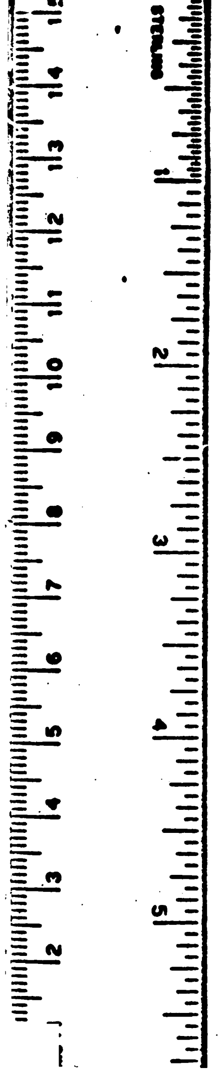
de la señorita

DOÑA CAROLINA CORONADO.

Mrs Horatio Perry

MADRID:

IMPRENTA DE ALEGRÍA Y CHARLAIN,
Cuesta de Santo Domingo, núm. 8.
1843.



S. L. Fridenberg,
East Aurora, N. Y.

Á MI TIO DON PEDRO ROMERO.

J. J.

A mi buen amigo el
Doctor Bowditch
Carolina Coronado de
Perry

A principios del siglo pasado salia en Paris una publicacion mensual, en cuyas columnas fué apareciendo sucesivamente por espacio de algunos años una porcion de composiciones líricas, firmadas por una señorita que las remitia desde Bretaña. Aquellas poesías, que parece no carecian de mérito, le cobraron mayor por anunciarse como obras de una dama: se escribieron versos en elogio de la Safo bretona, y no faltó quien estuviese á punto de enamorarse de ella en fé de su talento; hasta que el dia menos pensado remaneció en Paris un tal Mr. Desforges-Maillard, que declaró pa-

ladinamente haber tenido la rara aprension de disfrazarse con un seudónimo de muger, y por consiguiente que la poetisa incógnita era poeta. Si la autora de esta corta coleccion de rimas juveniles, la señorita DOÑA CAROLINA CORONADO, hubiese imitado este ejemplo, no por humorada sino por modestia; si desde Estremadura hubiese enviado á Madrid sus producciones bajo el nombre de una persona de otro sexo; dificil hubiera sido á los lectores inteligentes persuadirse de que habia podido escribirlas un hombre: por lo menos al notar la dulce blandura, la pureza de espíritu, la sencillez del concepto, la brevedad de su desarrollo y la delicada y particular eleccion de asuntos que las distinguen, hubiera sido necesario atribuirselas á un hombre todavia niño, á quien nuestra imaginacion se hubiera representado ingenioso, inocente y gallardo, que apenas habria salido una ú otra vez del florido bosque ó del valle ameno don-

de osciló su cuna, y donde á competencia le habian arrullado las musas con los cantares dulcísimos de Francisco de la Torre, Garcilaso y Melendez. Esta imágen medio bucólica podrá ser bella: la realidad esta vez es mucho mas bella todavía.

Si á un hábil profesor le presentaran un cuadro, un busto, una estampa, una joya ó cualquier otro objeto artístico digno de estimarse por su mérito; aquel hombre no esperimentaria al pronto mas que la grata sensacion que produce el exámen de una obra bien hecha; pero si le dijesen que aquel artefacto era obra de las manos de un ciego, de un manco ó de otra persona que habia tenido que luchar con dificultades gravisimas para desempeñar una labor tan árdua; el artista ya no se contentaria con mirarla como antes por un impulso de curiosidad; la registraria con interés vivísimo; cada inconveniente superado escitaria su asombro, y quizá tal ó cual toque poco li-

bre, tal ó cual aspereza en el mármol, tal ó cual tropiezo del buril ó la lima, que le harian adivinar el choque entre la materia rebelde y la mano perseverante y firme, le harian esclamar conmovido que si antes le agradaba la obra sin haber comprendido el secreto de su existencia, entonces que lo conocia, la admiraba y rendia al autor un homenage mezclado de veneracion y cariño.

Para que las poesías de la señorita Coronado agraden, basta leerlas sin recomendacion ni comentario; para comprenderlas bien, para estimarlas debidamente, necesitan algunas esplicaciones.

Cualquiera de nuestros lectores que viajando por el priorato de San Marcos de Leon hácia el año de 1830 se hubiese detenido unos dias en la villa de Almendralejo, hubiera podido conocer allí á una graciosa niña de nueve años, la cual dócilmente ocupada todo el dia en sus labores al lado de su madre,

hurtaba por las noches algunas horas á su reposo, cada vez que podia haber á las manos alguno de los libros que componian la biblioteca do su casa y la de otras familias principales de la poblacion, á pesar de que buena parte de ellos solian tratar de materias las mas á propósito para ahogar el gusto de leer en cualquier entendimiento infantil, ora fuese de varon, ora de hembra. Privarse de dormir por leer cuentecillos, comedias ó novelas es cosa que todos hemos hecho; perder las horas del sueño para engolfarse en la lectura de la Historia crítica de España del abate Masdeu, y otras obras igualmente áridas y prolijas, ya es una buena prueba de aficion al estudio. Pero esta aficion excesiva, y contraria hasta cierto punto á la severidad de las costumbres estremeñas, no debia ser tolerada por una madre prudente desde el momento en que le fuese conocida; y una señorita que tiene ocho hermanos, debia tambien por

su parte sacrificar su gusto á la sagrada obligacion de ayudar á su madre en los quehaceres domésticos; desquitándose solo de esta violenta privacion cuando mas adelante alguna casualidad le ponia en las manos algun poeta, en cuyo caso pugnaba por aprender de memoria el libro para poderlo devolver segura de que ya no le haria falta, como se cuenta que hizo Juan Racine con la novela griega de Heliodoro, cuya lectura le habia prohibido su maestro. Trasladada aquella niña algunos años despues á Badajoz, y entregada á los estudios de una educacion lo mas brillante que el pais permitia, despertóse en aquella imaginacion ardiente el deseo de pulsar la lira de Villegas y Rioja; y casi puede decirse que sin guia, sin modelos, sin papel y sin tiempo se propuso y logró hacerse poetisa. Esos pocos versos que el lector va á juzgar, han nacido ya en un rato de meditacion matutina antes de entrar la autora en sus tareas cotidianas, ya en medio de ellas,

ocupadas las manos en la costura mientras el espíritu vagaba por las regiones del idealismo, ya aprovechando los instantes de silencio en una visita, ya abandonándose en un paseo solitario á la súbita inspiracion producida por la hermosura de la naturaleza. Solo quien haya probado á componer de memoria es capaz de comprender la fuerza de atencion que requiere este penoso trabajo del entendimiento. El poeta que compone escribiendo, descansa en el papel del cuidado de conservar lo que crea, y no piensa mas que en seguir creando; el que compone de memoria tiene que desempeñar por sí la doble tarea de crear y retener; y como la mente humana no puede ocuparse á un tiempo en dos ejercicios, turbada la razon un tanto con ellos, la entonacion del poema no suele salir igual, ni las ideas muy íntimamente enlazadas, ni la espresion del concepto con la claridad suficiente para el lector, para el cual cada pensamiento de una

obra escrita se presenta solo bajo la forma en que quedó, sin que la acompañen las otras ideas auxiliares, ó simultáneamente concebidas, que contribuyeron á engendrarlo. En aquella exaltacion de ánimo el poeta con la mas leve espresion se comprende y satisface á sí mismo: el lector que de ninguna manera se puede hallar en un caso semejante, necesita mas para comprender; el uno es el ciego que por su finísimo tacto conoce un naipe sin verlo, y el otro es el hombre que vé, pero que necesita la luz para distinguir la figura estampada en la carta.

Advertido con estas noticias podrá el lector considerar las obras de la señorita Coronado en su verdadero punto de vista; y conociendo las dificultades que ha tenido que vencer para hacerlas buenas, apreciará justamente su especial carácter así en la esencia como en la forma. En un tiempo en que tanto abundan los poetas en España, necesita cada uno para no confundirse con los demas, aparecer con una

fisonomía original y propia que no deje de ser agradable: y hé aquí precisamente las tres prendas características de la poesia de nuestra jóven autora: novedad, concision y belleza: sus versos pintan su corazon, su gusto, su edad, su estado, su posicion social y hasta la noble compostura de su semblante: sus versos son ella misma. Cuando saluda la feliz llegada de la primavera, cuando se despide del asilo de su niñez, cuando observa á un niño que busca á un pájaro, cuando dirige sus palabras á las nubes, á las estrellas, á las flores, siempre los ecos de su voz llevan entre los rasgos del ingenio el encanto de la bondad, del candor y de la ternura; su tono melancólico es dulce; conmueve y no contrista, interesa y deleita. Aun cuando el aspecto de una esposa maltratada la indigna, aun cuando los despedazados restos de una ciudad antigua célebre suscitan en su pecho recuerdos dolorosos, se echa de ver en la templada vehemencia de sus

quejas y en el manso correr de sus lágrimas la natural timidez y encantadora modestia de una jóven de 22 años: tan solo á vista del árbol de África cuyas hojas han de tejer la corona que ella desconfia ver en sus sienes; tan solo cuando interpreta el celoso despecho de otra muger, de otra poetisa, de la infeliz cantora de Lesbos, tan solo entonces resuena la lira de nuestra autora con acentos vigorosos y enérgicos y se olvida un momento de todo para mostrarse esclusivamente poeta. A un hombre no se le hubiera ocurrido ó no hubiera sabido decir tan poéticamente que le asustaban las nubes amenazando tempestad; un hombre no hubiera podido escribir la composicion *á la siempreviva*, ni hubiera acertado á bosquejar la condicion agreste del *lirio*; de la boca de un hombre no hubieran podido salir los donosísimos versos *á una coqueta*; pero el poeta de mas brio adoptaria de buena gana las estrofas *á la palma*, las octavas *á la primavera anti-*

cipada y algun otro rasgo de igual valentía. Con todo, lo repetimos, no es la valentía sino la gracia el principal distintivo de estas producciones.

Y esta gracia peculiar es tal, que triunfa de todo. Un clásico severo tal vez repararía en uno ú otro epiteto menos propio, y en algun que otro rasgo de desaliño: un erudito á la violeta desaprobará que la autora deje pendiente en una estrofa el concepto ó el sentido, y pase sin escrúpulo á la siguiente; pero ademas de que esta licencia está autorizada con ejemplos numerosísimos de todos nuestros poetas antiguos, y lo otro es casi inevitable en las composiciones hechas de memoria; la belleza del todo, el halago de la diccion en general, la magia secreta de los pensamientos, y para decirlo de una vez, la verdadera poesía de sentimiento que anima todas y cada una de las páginas de este cuaderno, hace que le sea imposible al lector detenerse á pensar si donde

todo le seduce puede haber algo que deba descontentarle: son versos de una hermosa y les alcanza el privilegio de la hermosura. Solo es de sentir que sean tan pocos; pero bien jóven es la autora, y la favorable acojida que sin duda recibirán del público, la obligará necesariamente á multiplicar ensayos en que ganen igualmente la fama de la poetisa estremeña, la gloria de su sexo y el brillo de la literatura española.

Juan Eugenio Hartzenbusch.

Á LA SOLEDAD.

Al fin hallo en tu calma,
Si no el que ya perdí contento mio,
Si no entero del alma
El noble señorío,
Blando reposo á mi penar tardío.

Al fin en tu sosiego,
Amiga soledad, tan suspirado,
El encendido fuego
De un pecho enamorado
Resplandece mas dulce y mas templado.

Y al fin si con mi llanto
Quiero aplacar ¡ay triste! los enojos
Del íntimo quebranto,
No me dará sonrojos
El contínuo mirar de tantos ojos.

Danme, sí, tierno alivio
La soledad del campo y su belleza,
Y va el dolor mas tibio
Su ardiente fortaleza
Convirtiendo en pacífica tristeza.

Plácenme los colores
Que al bosque dan las luces matutinas:
Alégranme las flores,
Las risueñas colinas
Y las fuentes que bullen cristalinas.

Y pláceme del monte
La grave magestad, que en las llanadas
Como pardo horizonte
De nubes agolpadas,
Deja ver sus encinas agrupadas.

Allí con triste ruido
De las sonoras tórtolas, en tanto
Que posan en el nido
Bajo calado manto,
De una á otra encina se responde el canto. —

— Tal vez mis pasos guió
Por los sombrosos valles, escuchando
Al caminante rio,
Que con acento blando
Se va por los juncares lamentando.

Ya entonces descendiendo
De su altura va el sol, cansada y fria
Claridad esparciendo,
Y á poco entre armonía
Cierra sus ojos el señor del dia.

Y los mios acaso
Alguna vez, del sueño sorprendidos,
Dejaron que en su ocaso
Pararan confundidos
Afanes del espíritu y sentidos.

Si sola y retirada,
Aun me entristece más noche sombría,
La luna con rosada
Faz, por oculta via
Sale á hacerme amorosa compañía.

Y al fin hallo en tu calma,
¡Oh soledad! si no el contento mio,
Si no entero del alma
El dulce señorio,
Blando reposo á mi penar tardío.

—

MELANCOLÍA.

Emilio, ¡cómo apuras
Loco de risa el tiempo en la alegría!
No hay tregua á tus venturas,
Como en la pena mia
No hay tregua á la infeliz melancolía.

Anima tu contento
La primavera, y mi tristeza acrece:
Paréceme que el viento
Que aspiro se enrarece,
Y la lumbre del cielo se oscurece.

Los campos tan hermosos
A tus brillantes ojos, á los mios
Turbios, son enfadosos
Anchos espacios frios,
De objetos, de color, de luz vacíos.

Bastan del arroyuelo
A tu juego infantil las blancas chinas:
La fortuna tu anhelo
Cumple, si en las vecinas
Mieses, con la escondida alondra atinas.

¡Cuánto es el alborozo
Que tu impaciente corazon regala!
El temblor de su gozo
La agitacion iguala
De la avecilla sacudiendo el ala....—

De niña, el riachuelo
Y las aves tambien me divertian,
Y cuantas por el suelo
Lindas flores se abrian,
A mi regazo fáciles venian.

Mas ya ¿dónde el hechizo
De esas llanuras para mí se encierra?
Si de verde ó pajizo
Se engalana la tierra,
Si brota el árbol, si la flor se cierra,

Un alma alborozada
Tantos encantos y mudanzas vea:
La mia desolada,
De cuanto la rodea,
Solo con el silencio se recrea.

—

Á LAS NUBES.

¡Cuán bellas sois, las que sin fin vagando
En la espaciosa altura,
Inmensas nubes, pabellon formando
Al aire suspendido,
Inundais de tristura
Y de placer á un tiempo mi sentido!

¡Cuán bellas sois, bajo el azul brillante
Las zonas recorriendo,
Ya desmayando leves un instante
Entre la luz perdidas,

Ya el sol oscureciendo
Y con su llama ardiente enrojecidas!

Y ya brillais como la blanca espuma
En las olas del viento,
Y ya fugaces como leve pluma,
Y de sombras ceñidas,
Cruzais el firmamento,
Las pardas frentes de vapor henchidas.

¡Cuán dulce brilla en su mortal desmayo
Rompido en vuestro seno
Del sol ardiente el amarillo rayo!
¡Y cuán dulce y templado
El resplandor sereno
Del astro de la noche sosegado!

Y ¡cuánto, oh nubes, vuestro errante giro
Place á mi fantasía!
Triste y callada y solitaria os miro
Flotar allá en el viento,
Y por celeste via
Melancólico vaga el pensamiento.

Y yo os adoro si con tibio anhelo
Adormís las centellas
Del vivo sol en el tendido cielo;
Si en delicioso manto
Velais de las estrellas
Y la pálida luna el triste encanto,

¡Oh! yo os adoro, del espacio inmenso
Deidades vagarosas!
No cuando hirvientes desde el seno denso
En ronco torbellino
Arrojais espantosas
Vívidas llamas del furor divino.

¡Ay! que medrosa entonces se abuyentar
La inspiracion sublime:
Ni medrosa la cítara ensalzara
Del cielo la belleza,
Cuando mi sien oprime
Nubloso manto de mortal tristeza.

Muda contemplo de pavor cercada
La turba misteriosa

Que en pos del huracan revuela osada.
Así errante la vida
Se arrastra lastimosa
A la senda fatal dó el mal se anida.—

Allá en la inmensidad os mueven guerra
Furiosos aquilones:
Así de desventuras en la tierra
Nos cerca turba insana;
Así de las pasiones
Es juguete infeliz la vida humana.

Ella varia tambien la faz ostenta,
Y brilla y se oscurece,
Y cuál vosotras rápida se ahuyenta;
Y es nube que exhalado
El aire desvanece
En la corriente de la triste nada.

Mas ¡ay! vosotras revagad en tanto
Que la cítara mia
Os pueda consagrar su débil canto.
Del sol al rayo bello

Tended el ala umbría
Y apacible volvedme su destello

Y dadme inspiracion; yo mis cantares
Daré á vuestra hermosura.
Las que sorbeis el agua de los marès,
¡ Vagad tranquilamente
Con nevada blancura
En la encendida cumbre del oriente! —

—

Á LA PALMA.

Alza gallarda tu elevada frente,
Hija del suelo ardiente,
Y al recio soplo de aquilon mecida,
De mil hojas dorada,
De majestad ornada,
Descuella ufana sobre el tallo erguida;

Y arrojando tu sombra allá á lo lejos,
Del sol á los reflejos,
Al árabe sediento y fatigado,
Desdeñosa levanta

Tu bendecida planta
En el desierto triste y abrasado.

Allí horroroso el simoon se ofrece,
Y tu cima enrojece
Vertiendo lumbre que la tierra inflama;
Y aparece sangriento
El sol desde su asiento
Lanzando ardiente destructora llama.

Y tú, entre nubes de encendida arena
Majestosa y serena,
O ya del recio vendabal batida,
Elevas tu cimera,
Orgullosa palmera,
Contando siglos de gloriosa vida.

No las tranquilas aguas dulcemente
Arrastran su corriente
Bajo el dorado pabellon que ostentas,
Que, siempre en el estío,
Sin fresco ni rocio,
Solo de arena y fuego te alimentas.

Tú, virgen sacrosanta y peregrina,
De las nubes vecina,
Tú su signo le dás á la victoria.
Y corona esplendente
De tus hojas luciente
Al héroe ciñes de radiante gloria;

La corona inmortal, que ciñe el hombre
Con glorioso renombre
En derredor de la altanera frente,
Porque en gigante vuelo
Arrebatado al cielo
Bebió en la sacra inspiradora fuente.

La corona inmortal, prenda sagrada
Del imbécil hollada,
Orgullo y ambicion del alma inquieta;
Escondido tesoro,
Brillante mas que el oro,
Gloria, entusiasmo y vida del poeta.

¿Qué vale de los reyes la diadema
Ante el místico emblema

De la noble ambicion, genio y poesia? —
Si un hoja solamente
Ciñera yo á mi frente
Que acallara el afan del alma mia;

Si al entusiasmo que mi mente inspira,
Alcanzara mi lira
Un triunfo de la gloria seductora,
¡O palma! hasta las nubes,
Mas allá dó tu subes,
Se elevara la voz de tu cantora.

Allí en el trono que el Señor levanta
Te viera yo á mi planta;
Y de mis sienes deslumbrando el brillo,
Contemplara las hojas
Que ora te visten rojas.
Teñidas débilmente de amarillo.

¡Delirio nada mas! Nunca gloriosa
Guirnalda esplendorosa
Alegrará mis sienes lisongera,
Ni tampoco mi acento

Perdido por el viento
Podrá elevarse á la celeste esfera.

Guarda tus ramos para el vate augusto,
Premio á su lira justo,
O á ceremonias santas consagrados,
Entre el canto sonoro
De relijioso coro,
En el altar del templo colocados.

Guarda tus ramos, virgen soberana,
Bella y noble africana,
Formando airosos tu lucido manto;
Y el ave pasagera
Besando tu cimera
Te deje un eco de su dulce canto.

Alza gallarda tu cabeza al viento
En blando movimiento,
La corona agitando mal prendida;
Y despreciando el brio
Del huracan bravio,
Descuella ufana sobre el tronco erguida.

MÉRIDA.

—

¡Cómo en tierra postrada
Sin fuerzas yace, quebrantada llora
Y sola y olvidada
En su tristeza ahora,
La que opulenta fué, grande y señora!

¡Cómo yace abatida
Emérita infeliz, ya su cabeza
En polvo confundida,
Perdida su belleza,
Perdido el esplendor y la grandeza!

La que fué celebrada
En los cantos sin fin de sus guerreros,
Solo escucha humillada
De buhos agoreros
Los clamorosos ecos lastimeros.

¡Ay Dios, que en torno de ella
Los tristes ojos con dolor vagaron,
Y solo amarga huella
De los siglos hallaron,
Que su brillo y beldad en pos llevaron!

Allí el pasado brio
Restos de gloria en soledad revelan,
Que en ademan sombrío
Entre el escombro velan
Sombras livianas, que á su pie revuelan.

Y el arco magestoso
De Trajano, en los siglos venerado,
Allí, inmoble coloso,
El cuerpo descarnado
Y la atezada faz levanta airado.

Mas ¡ay! que ni las huellas
De los soberbios templos se salvaron,
Ni ceniza de aquellas
Torres que se ostentaron,
Y á la matrona bella coronaron.

Allá bajo la puente,
De otra edad mas feliz reliquia anciana,
Camina lentamente
Por la vereda llana
El perezoso y lánguido Guadiana.

« ¡Emérita! » murmura
El onda gemidora, lamentando
Su triste desventura,
Y el polvo recalando,
Y los cimientos lúgubres bañando.

Anciano compañero,
Testigo fué de sus pasadas glorias.
Arrulló lisongero
Sus triunfos y victorias,
Y ora lamenta el fin de sus historias.

A su orilla callada
Venid vosotros, que palmas divinos
[illegible],
Y los campos vecinos
Llenad de vuestros cantos peregrinos.

De Beatriz olvidada
Contad, poetas, con sentido acento
La suerte desdichada,
Y el fúnebre lamento
Hiera las aguas y lastime el viento.

UNA DESPEDIDA.

Escuchad mis querellas,
Recinto y flores, del placer abrigo,
Imágenes tan bellas
Como ese cielo que os protege amigo.

Asilo de inocencia,
Consuelo del dolor, bosque sombrío,
Ir quiero á tu presencia,
Y tu césped regar con llanto mio.

Y el agua de tu fuente
Beber acaso por la vez postrera,
Y respirar tu ambiente,
Besar tus flores, la gentil palmera

Que tu dintel guarnece
De lejos saludar entre congojas,
Y á la que en torno crece
Modesta acacia de menudas hojas.

Y á los álamos graves
El postrimer adios dar aflijida,
Y cantar con las aves
Tristísima cancion de despedida.

Y en tu graciosa alfombra
Reposar halagada de ilusiones
Bajo la fresca sombra
De tus frondosos sauces y llorones.....

Sus hojas se estremecen,
Y errantes sombras á mi planta evocan,
Que en el viento se mecen,

Y mis cabellos con blandura tocan.

Desde aquí la pintura
Es mas bello admirar de ese tu cielo,
Los visos y frescura
De las nubes cercanas á tu suelo;

Y al través de las ramas
Mirar el sol que su lumbrera humilla,
Y cual de rojas llamas
El occidente retocado brilla.

¿Ni qué música iguala
Al sordo vago suspirar del viento
Con que armonioso exhala
Un bello dia su postrer aliento?

¡Ah! si mi vida entera,
Mi cara soledad, recinto amado,
Consagraros pudiera
El mundo huyendo y su falaz cuidado!

Mas ¡ay! que la alegría

De contemplaros con la luz perece
Del presuroso dia
Que á mis ansiosos ojos desparece.

Esas aves cantoras
Que de gozar la tarde fatigadas,
En tropas voladoras
Retornan gorgeando á sus moradas;

Cuando una sola estrella
Con apagada luz brille en el cielo;
Cuando la aurora bella
Ciña el espacio con purpúreo velo,

Y el nuevo claro dia
Con sus tintas anime tu pradera;
Ellas con alegría
Volverán á girar por tu ribera.

En turba bulliciosa
Los bosques poblarán.... y yo entretanto
Lejana y silenciosa
Las horas contaré de mi quebranto.

¡Ay! ¡ellas tu hermosura
Gozarán y tu paz y sus amores!.....
Yo gusté harta ventura:
Bebí en tus fuentes y besé tus flores.

—

AL OTOÑO.

Presurosas huyeron
Las horas del verano caluroso:
Del álamo frondoso
Las hojas se cayeron:
Otra estacion mi vida
Cuenta en quejas inútiles perdida.

El tibio sol de octubre
La cabellera blanquecina tiende,
Y sus hebras desprende
Con que la tierra cubre,

Ya que negros vapores
No absorban sus escasos resplandores.

Si el turbio remolino
De la copiosa lluvia espacio deja
A su rubia guedeja;
Si en medio su camino
Espesa niebla fria
La luz no roba que á la tierra envia;

Hora os recuerdo triste,
Del verano risueñas alboradas,
Hora, noches templadas,
Y á ti que apareciste
Tres veces en la esfera,
Luna, en la noche lúcida viajera.

¡Ay! ¡cómo desparecen
Los mas bellos encantos de la vida!
¡Cómo, desprevenida,
Solo cuando perecen
El alma los conoce
Para llorar su malogrado goce!

Asi la primavera
Pasará de mis años presurosa,
Y aguardando ambiciosa
La dicha venidera,
De este bien que hora pierdo
Penoso en la vejez será el recuerdo.

Volveré tristemente
Los ojos hácia el tiempo desdeñado,
Y como del pasado
Verano el dulce ambiente,
Su sol, su luna y flores,
Recordaré mi juventud y amores.

—

Á UNA ESTRELLA.

Chispa de luz que fija en lo infinito
Absorbes mi asombrado pensamiento,
Tu origen, tu existencia, tu elemento
Menos alcanzo cuanto mas medito.

Si eres ardiente, inamovible hoguera,
¿Dónde el centro descansa de tu lumbre?
Si eres globo de luz, ¿cómo en la cumbre
No giras tú de la insondable esfera?

¿Por qué la tierra sin descanso rueda?
¿Por qué la luna el globo magestoso

Mueve, mientras tu carro misterióso
Inmóvil, fijo en el espacio queda?

¿Es que mi vista de mortal no alcanza
A percibir desde su oscuro asiento
Allá en la altura suma el movimiento
De tu carroza que en lo inmenso avanza?

¡Ah, sí! que por espíritu movida
La creacion sin descanso se sostiene,
Y todo en la creacion marcado tiene
Forma y destino, movimiento y vida.

Tú giras, sí; tus alas soberanas
Sulcan el mundo y sus confines tocan....
Mas ¿cómo en tu carrera no se chocan
Tus millares sin número de hermanas?

Mas allá de su límite prescrito
Sediento avanza, audaz el pensamiento,
Y tu origen, tu vida, tu elemento
Menos alcanzo cuanto mas medito.

Á UNA GOTA DE ROCÍO,

SONETO.

Lágrima viva de la fresca aurora,
Á quien la mustia flor la vida debe,
Y el prado ansioso entre el follaje embebe;
Gota que el sol con sus reflejos dora;

Que en la tez de las flores seductora
Mecida por el céfiro mas leve,
Mezclas de grana tu color de nieve
Y de nieve su grana encantadora;

Ven á mezclarte con mi triste lloro,
Y á consumirte en mi mejilla ardiente;
Que acaso correrán mas dulcemente
Las lágrimas amargas que devoro.
Mas ¿qué fuera una gota de rocío
Perdida entre el raudal del llanto mio...!!!

—

EL PÁJARO PERDIDO.

Huyó con vuelo incierto,
Y de mis ojos ha desparecido!....
Mirad si á vuestro huerto
Mi pájaro querido,
Niñas hermosas, por acaso ha huido!

Sus ojos relucientes
Son como los del águila orgullosa;
Plumas resplandecientes
En la cabeza airosa
Lleva, y su voz es tierna y armoniosa.

Mirad si cuidadoso
Junto á las flores se escondió en la grama:
Ese laurel frondoso
Mirad rama por rama,
Que él los laureles y las flores ama.

Si le hallais por ventura,
No os enamore su amoroso acento;
No os prende su hermosura:
Volvédmele al momento,
O dejadle, si nó, libre en el viento.

Por que su pico de oro
Solo en mi mano toma la semilla,
Y no enjugaré el lloro
Que veis en mi mejilla
Hasta encontrar mi prófuga avecilla.

Mi vista se oscurece
Si sus ojos no vé, que son mi dia;
Mi ánima desfallece
Con la melancolía
De no escucharle ya su melodía.

A. M.

LOS QUINCE AÑOS.

Dejas apenas la risueña infancia;
Juegos, placeres de su edad dejaste.
Ya el dulce brillo de los quince mayos
Cerca tus sienes.

Niña aun graciosa, la infantil sonrisa
Bulle en tus labios, como el aura ténue
Juega en el seno de entreabiertas rosas
Fresca y fugace.

Tinta ligera de carmin suave

Vase tendiendo por tu tez de nieve.
Como de luna sonrosado cerco
Brilla en tu rostro.

Virgen, tu bella juventud al mundo
Muéstrase alegre, candorosa y pura.
Tal entre rocas cristalina fuente
Brota en la sierra.

Vesla que nace sosegada y tersa,
Clara tendiendo sus dorados hilos.
Sigue su curso: caminando, mira
Como se enturbia.

¡Ah, que tu bella juventud al mundo
Muéstrase alegre, candorosa y pura!
Mas ¡ay! ¡cuán presto la serena vida
Tuerce su paso!

Ya el adormido corazon despierta
Voz misteriosa, que de amor le inflama.
Virgen, ¿no sientes palpitar tu seno
Mas agitado?

Ya las mejillas de encarnado vivo
Tiñe la nueva confusion del alma.
Fijos en tierra los turbados ojos
Lágrimas brotan.

¡Ay de la hermosa libertad perdida!
¡Ay del sosiego de perdida infancia!
¡Ay del tranquilo corazon tan libre,
Ya aprisionado!

Ansias, cuidados, agitadas horas,
Largos afanes tras ventura escasa
Por solo y triste galardon espera
Virgen amante. —

—

LA VOZ DE UNA HIJA.

Imágen pura, deliciosa y tierna;
Constante amiga de mi blando sueño:
Tú, la que ofreces á la vida mia
Paz y ventura;

Imágen bella de la dulce madre,
Que un Dios me diera, de mi bien celoso:
Nunca del alma tu inefable hechizo
Viera lejano.

Siempre el amante corazon te abriga;

Siempre bendice tu apacible encanto,
Y de ternura tu memoria siempre
Viva le inunda.

¡Oh! ¡cuánto el cielo sus preciosos dones,
Mi cara madre, y su bondad revela!
Su inmensa gloria en tu sagrada imágen
Luce divina.

Que es una madre la perfecta hechura
Con que el Eterno coronó sus obras;
Solemne ofrenda á la natura haciendo,
Digno presente.

Que es una madre de la tierra amparo,
Supremo alivio de angustiosas penas,
Bálsamo santo del pesar amargo,
Tierna delicia.

¡Ay del que huyera el maternal regazo!
¡Ay del que ingrato su amoroso abrigo
Desdeña injusto, y la horfandad anhela!
¡Ser infelice!

Suerte funesta su vivir preside;
Su prez esquiva el indignado cielo;
Nunca á sus ojos la benigna aurora.
Plácida brilla.

Mas yo dichosa, que á tu lado miro
Beber el tiempo mis tranquilas horas,
Si lloro, madre, si mi vida empaña
Nube sombría,

Deja en tu seno protector, amigo,
Deja que ardiente la mejilla esconda,
Que hundir mis penas y enjugar mi llanto
Sabes tú sola. —

—

PRIMAVERA ANTICIPADA.

Oigo voces en torno alborozadas
Que saludan la nueva primavera:
Yo no sé si su hielo á la ribera
Le faltó, y á las sierras elevadas;
Yo no he visto si estan ya disipadas
Las nieblas del invierno por la esfera;
Solo sé que mi espíritu caido
Sus nieblas de tristeza no ha perdido.

No es alegre ya el sol, no muestra el cielo

El esmalte celeste de otros dias;
Tienen colores lánguidas y frias
Las nuevas galas que desplega el suelo.
¿Qué ha sido ¡oh Flora! del risueño velo
Que sobre nuestros ojos suspendias,
Que prestaba á las aves el contento,
Encantos á la flor, perfume al viento?

No eres la que anunciaba la alegría
Y el amor á la tierra, Primavera;
¡No eres tú ya la hermosa mensagera
Que acentos de entusiasmo me traia:
Mas tu aureola cándida lucia,
Mas dulce entonces tu sonrisa era,
Mas tierno el ruiseñor que te cantaba,
Mas venturosa yo que lo escuchaba!....

Mas venturosa yo, no tú mas bella!.
Tus galas no, ¡mis ojos se han turbado!
Sobre el ambiente puro y azulado
Con brillo igual tu frente se destella.
Ahora lo mismo tu ligera huella
Anima el blanco lirio perfumado,

Y el ruiseñor que tu belleza adora,
Con la ternura misma te enamora,

Es que no escucho su amoroso trino;
Es que no admiro tu beldad gozosa;
Que nunca tras las flores voy ansiosa,
De tus huellas errante en el camino;
Que del viagero arroyo cristalino
Ya no contemplo el agua rumorosa....
Es ¡ay! que en mis sentidos conturbados
¡Aun hay silencio, hay hielos, hay nublados!

EL MARIDO VERDUGO.

¿Temeis de esa que puebla las montañas
Turba de brutos fiera el desenfreno.?...
¡Mas feroces dañinas alimañas
La madre sociedad nutre en su seno!

Bullen, de humanas formas revestidos,
Torpes vivientes entre humanos seres,
Que ceban el placer de sus sentidos
En el llanto infeliz de las mugeres.

No allá á las lides de su patria fueron
A exhalar de su ardor la inmensa llama;
Nunca enemiga lanza acometieron;
Que otra es la lid que su valor inflama.

Nunca el verdugo de inocente esposa
Con noble lauro coronó su frente:
¡Ella os dirá temblando y congojosa
Las gloriosas hazañas del valiente!

Ella os dirá que á veces siente el cuello
Por sus manos de bronce atarazado,
Y á veces el finísimo cabello
Por las garras del héroe arrebatado.

Que á veces sobre el seno transparente
Cárdenas huellas de sus dedos halla;
Que á veces brotan de su blanca frente
Sangre las venas que su esposo estalla.

Y que ¡ay! del tierno corazon llagado
Mas sangre, mas dolor la herida brota,
Que el delicado seno macerado,

Y que la vena de sus sienes rota!.

Asi hermosura y juventud al lado
Pierde de su verdugo; asi envejece: —
Así lirio suave y delicado
Junto al áspero cardo arraiga y crece.

Y asi en humanas formas escondidos,
Cual bajo el agua del arroyo el cieno,
Torpes vivientes al amor uncidos
La madre sociedad nutre en su seno.

—

LOS CANTOS DE SAFO.

1.°

Como el aura suavísima resbala
De placer en placer fácil mi vida:
Entre el amor y gloria dividida,
¿Cuál es la dicha que á mi dicha iguala?

Al lado de Faon, su amor cantando;
Con la luz de sus ojos fascinada;
Dicha inmensa es de Safo bienhadada
Perder sus horas en deliquio blando.

Dicha inmensa es de Safo venturosa
Que su amante en el aire que respira
Beba el acento de la tierna lira,
Que tan solo por él suena amorosa.

¡Cómo á mis ojos inefable llanto
Gota por gota el corazon destila,
Si un instante su faz dulce y tranquila
Brilla gozosa al escuchar mi canto!....

¡Si de su boca en lisonjero arrullo
La voz desciende á celebrar mi lira,
Y hálito vago que su labio espira
Mis sienes cerca entre el falaz murmullo!

Siento, Faon, tu delicado aliento
Bullir en torno de la frente mia,
Y en deliciosos tonos de armonía
Herirme el corazon tus voces siento.

El corazon sus golpes precipita
Al eco de tu voz apasionada:

A un suspiro, á un acento, á una mirada,
Como seno de tórtola se agita.

No temo entonces que por bella alguna
Perjuro olvides tu feliz cantora,
Ni atractiva beldad venga en mal hora
A destrozar mi plácida fortuna.

¿Y quién la flor de la ventura mia
Osara marchitar con mano aleve?
¿Quien á usurpar tu corazon se atreve
Y á reinar donde Safo reinó un dia?

!Ah! no soy bella: su preciosa mano
En mi rostro los Dioses no imprimieron;
Mas al alma benignos concedieron
De los genios el númen soberano.

Y citara en mis manos peregrina
Las hermanas de Febo colocaron,
Y de entusiasmo el corazon llenaron,
De amor ardiente é inspiracion divina.

Goza de triunfos la beldad un dia,
Que el porvenir destruye rigoroso;
Cuando el genio entre aplausos victorioso
De la inmortalidad al templo guia.

Lecho de tierra y silencioso olvido
Solo del mundo la hermosura alcanza:
El estrecho sepulcro á dó se lanza
Los rayos borrará de haber nacido.

Cual sueño pasará, si el genio alzando
La poderosa voz no la eterniza,
Su cantar que á los siglos se desliza
Vida preciosa á sus cenizas dando.

Yo tambien cantaré; tambien mis voces,
Tierno Faon, tu nombre repitiendo,
Con tu amor y mi amor sobreviviendo,
Al porvenir sin fin irán veloces.

Yo á esa Grecia opulenta, sabia, y justa
Arrancaré un aplauso duradero;

Una corona como el grande Homero
A mis sienes tal vez ceñiré augusta:

Y mírala ¡ó Faon! y tu sonrisa
Premie el esfuerzo de tu Safo amada,
Mas plácida á su ser que en la alborada
Place á las flores la naciente brisa.

2.°

Musas divinas, Dioses del talento,
¿Qué me vale ceñir vuestra aureola?
Bella rival con su belleza sola
Alcanzó mi afrentoso vencimiento.

Lanzadla de ante mí, lanzadla, cielos;
Que al verla, el odio que me inspira crece.
Mi vista con su vista se oscurece,
Y hierve el corazon de envidia y celos.

Lanzadla lejos de él; no mas admiren
Sus ojos á la bella enamorados;

Ni los mios en tanto ensangrentados
Por sorprenderlos incesantes giren.

Alma Venus, escucha tú mi ruego,
Y proteje el amor que has encendido.
En el pecho cruel del fementido
Brote una chispa del estinto fuego.

Dame atractivos, dame esa ilusoria
Forma y hechizos con tu luz tocados,
¡Y quitenme los Dioses irritados
Mi cítara, mis cantos y mi gloria!

3.°

De Venus al oráculo las preces
De los augúres fieles demandaron,
Y el fin de mis desdichas por tres veces
Y el triunfo de mi amor adivinaron.

Mas ¡ay! mintieron.—Tú, roca insensible,
Desoyes mi pasion. — Ni una esperanza!!....

¿ No temes, di, que tu perjurio horrible
Provoque de los Dioses la venganza?

Qué! ¿ no temes que Venus indignada
A mis clamores presurosa acuda?
¿ No temes que su cólera sagrada
Sobre tu frente criminal sacuda?

Amante diosa que al amor preside,
Tú la invocaste de tu fé testigo....—
Mi injuriada pasion venganza pide;
Su hollada magestad pide castigo.

4.°

Tu juventud corria silenciosa,
Entre la oscura turba confundido,
Cuando uniendo á tu nombre su renombre
Safo su gloria dividió contigo.

La cantora de Grecia descendiendo
De su altura hasta tí, quiso amorosa

Cantar tu vida y alumbrar tu frente
Con la radiante luz de su aureola.—

Y á tu lado, Faon, si la voz mia
Se elevaba á cantar nuestros delirios,
Miel divina en mis labios derramaban
Solícitas las hijas del Olimpo.—

¿Dónde la bella, que finjiendo amores
Tu conquistado corazon me arranca?...—
Ayer mi seno de placer latia,
Y hoy de despecho y de dolor se abrasa.....

EL SALTO DE LEUCADES.

El sol á la mitad de su carrera
Rueda entre rojas nubes escondido;
Contra las rocas la oleada fiera
Rompe el Leucadio mar embravecido.

Safo aparece en la escarpada orilla,
Triste corona funeral ciñendo:
Fuego en sus ojos sobrehumano brilla,
El asombroso espacio audaz midiendo.

Los brazos tiende, en lúgubre gemido
Misteriosas palabras murmurando;
Y el cuerpo de las rocas desprendido,
»Faon» dice; á los aires entregando.

Giró un punto en el éter vacilante;
Luego en las aguas se desploma y hunde.—
El eco entre las olas fluctuante
El sonido tristísimo difunde.

—

Á MI TIO D. PEDRO ROMERO,

SONETO.

Si para entrar en tan difícil via
El aliento á mi númen no faltara,
Ya de la patria nuestra lamentara
Los males en tristísima elegía;

Ya la virtud, ya el genio cantaria,
Ya el vicio á deprimir me consagrara;
Pero mi voz de niña desmayara,
Y desmayara endeble el harpa mia.

Mas quiero, humilde abeja, aquí en el suelo
Vagar de flor en flor siempre ignorada,
Que al águila siguiendo arrebatada
Con alas cortas, remontar mi vuelo. —
Canto las flores que en los campos nacen.
Cántolas para ti, que á ti te placen.

—

EL RAMILLETE,

Ó

Á LA PRIMAVERA.

¡Salve, rayo del sol de primavera,
Por densas nubes fúlgido rompiendo!—
Brilló su luz primera,
La tierra embelleciendo.—

Mostró su faz, y de la blanca sierra
Las nieves en raudal se precipitan.
Hierve á su luz la tierra,
Y las plantas palpitan.

Los yertos campos vida y hermosura
Con el ardor fecundo recobrando,
Se ven entre frescura
Sus galas desplegando.

Pimpollos son los brotes renacientes,
Que los desnudos árboles rodean.
Ya en el rosal lucientes
Capullos colorean.

De blancas flores multitud vistosa,
Que en la agua tienen sus cimientos vagos,
Son espuma olorosa
De los inmobles lagos.

Alza la yerba sus menudas cañas,
Crece, y se esponja, y tiende sus verduras
En las altas montañas,
En las anchas llanuras.

¡Salve, rayo del sol de primavera,
Por densas nubes plácido rompiendo!—

Brilló su luz primera,
La tierra embelleciendo.

De insectos mil la turba perezosa
En el penoso invierno aletargada,
Con su lumbre ardorosa
Despierta reanimada.

Allá viene el cantor de los amores,
El tierno ruiseñor, huésped del prado,
Sus risueños albores
Cantando alborozado.

Yo tambien te saludo, madre hermosa,
Juventud de los campos; que en la mia,
Como en ellos, rebosa
Tu vida y tu alegría.

Mas siempre al contemplarte, primavera,
Temo, pensando en el placer fugace,
Si serás la postrera
Que para mi renace.

—

Á LA AMAPOLA.

Yo te ví, triste amapola,
De las flores retirada
...cer la roja corola
Entre la espiga dorada.—

Leve el cuello ý hechicero
Débilmente se agitaba;
Y el cefirillo ligero
En tu seno revolaba.—

Del fuego del sol bañada
La cabeza purpurina,
Desmayaba sonrojada
Sobre la planta vecina.

Y allí entre la rubia espiga
Los pajarillos cantores
Daban con su trova amiga
A tu belleza loores.

Yo te viera retirada
A la par del rudo espino,
Guarneciendo descuidada
El apartado camino.

Al morir la última estrella
Estiendes las puras alas;
Y á la purpúrea centella
Del sol renaciente igualas.

Mas ese tu empeño vano,
Y temeraria osadía,

Desde el trono soberano
Castiga el señor del dia.

Que su llama en occidente
No adurmiera sosegada,
Sin dejar tu roja frente
Con sus rayos abrasada.

Y de la noche
La fresca brisa,
Marchita hallára
Tu tierna faz.

¡Ay! que tu vida,
Flor desdichada,
Solo un instante
Brilla fugáz.

Y tu aureola
Pura y luciente
Desconocida
Muere tambien.

Nace en la aurora,
Y al alba nueva
Frágil desnuda
Tu débil sien.

—

AL JAZMIN.

Orgullo de la enramada,
Blanca y leve florecilla,
Mas que todas delicada,
Y mas que todas sencilla,

Muestra el lirio temblorosa
La faz cristalina y pura;
Y ostenta encendida rosa
La peregrina hermosura.

Alza bella la azucena
La copa tersa y nevada
De ricos ámbares llena,
De mil abejas cercada.

Pero ¿quién tu brillo iguala,
Viva flor del cano estío,
Que luces entre su gala,
Como espuma en claro rio?

Por sencilla y delicada,
En el jardin entre ciento
Fijas tú, flor, la mirada,
Y fijas el pensamiento,

Y por el seno argentino
Que blando perfume espira,
Dó bebe nectar divino
La abeja que en tí respira.—

¡Flor graciosa y nacarada,
La mas tierna de las flores!

¡Oh mil veces bienhadada
La que roba tus amores!

¡Bienhadada mariposa
Que tu pétalo estremece,
Cuando á tu lado reposa,
Y en tu aliento se embebece!

Por delicada y sencilla,
En el jardin entre ciento
Se fija en tí, florecilla,
Mi vista y mi pensamiento.

—

EL GIRASOL.

¡Noche apacible! en la mitad del cielo
Brilla tu clara luna suspendida.
¡Cómo lucen al par tus mil estrellas!
¡Qué suavidad en tu ondulante brisa!

Todo es calma: ni el viento ni las voces
De las nocturnas aves se deslizan,
Y del huerto las flores y las plantas
Entre tus frescas sombras se reaniman.

Solo el vago rumor que al arrastrarse
Sobre las secas hojas y la brizna
Levantan los insectos, interrumpe
¡O noche! aquí tu soledad tranquila.

Tú que á mi lado silencioso velas,
Eterno amante de la luz del dia,
Solo tú, girasol, desdeñar puedes
Las blandas horas de la noche estiva.

Mustio inclinando sobre el largo cuello
Entre tus greñas la cabeza oscura,
Del alba aguardas el primer destello,
Insensible á la noche y su frescura.

Y alzas alegre el rostro desmayado,
Hermosa flor, á su llegada atenta:
Que tras ella tu amante, coronado
De abrasadoras llamas se presenta.

Cubre su luz los montes y llanuras;
La tierra en torno que te cerca inflama;

Míraslo fija; y de su rayo apuras
El encendido fuego que derrama.

¡Ay triste flor! que su reflejo abrasa
Voraz, y estingue tu preciosa vida.—
Mas ya tu amante al occidente pasa,
Y allí tornas la faz descolorida.

Que alas te dan para volar parece
Tus palpitantes hojas desplegadas,
Y hasta el divino sol que desparece
Transportarte del tallo arrebatadas.

Tú le viste esconderse lentamente,
Y la tierra de sombras inundarse.—
Una vez y otra vez brilló en oriente,
Y una vez y otra vez volvió á ocultarse.

Al peso de las horas agobiada,
Por las ardientes siestas consumida,
Presto sin vida, seca y deshojada
Caerás deshecha, en polvo convertida.

¿Qué valió tu ambicion, por mas que el vuelo
Del altanero orgullo remontaste?
Tu mísera raiz murió en el suelo,
Y ese sol tan hermoso que adoraste,

Sobre tus tristes fúnebres despojos
Mañana pasará desde la cumbre.—
Ni á contemplar se detendrán sus ojos
Que te abrasaste por amar su lumbre.

—

AL LÍRIO.

Leve y plácida sonrisa
De la fresca primavera;
Tú que naces con su brisa
De las flores la primera;

Y te engalanas llevando
El color del firmamento,
Y esquivas el cuello blando
A las caricias del viento;

Allá oculta, de las peñas
En las salvages gargantas,
El rico vergel desdeñas,
Donde brillan otras plantas.

¿Será que te falte hechizo
Para competir con ellas?
¿Que el Dios de los campos hizo
Las otras flores mas bellas?....

Mas no; que es tu talle airoso,
Y por ninguna belleza
Trocara el matiz precioso
Tu perfumada cabeza:

Y tu corona azulada
Es, lirio, mas trasparente
Que la linfa sosegada
Del arroyuelo naciente.

¿Cómo pie tan delicado
Fuera de jardines crece,

Y entre malezas criado
De las rocas se guarece?

¿Cómo, lirio, tu semilla
Nunca brota en la pradera?
¿Cómo tu gala no brilla
De las fuentes en la orilla,
Y en la florida ribera?

¿Qué te vale ese prendido
De celeste brillantez,
Si ignorado y escondido,
En los desiertos perdido
Ha de hallarte la vejez?

¿Qué te vale ser hermoso
Si en ocultarlo te empeñas,
Y las horas mas risueñas
Has de pasar sigiloso
Entre las ásperas breñas?

Ven, lirio, ven á brotar

A las márgenes del lago:
Abandona ese lugar
Que debe solo habitar
El odioso jaramago.

¡Que la vaga mariposa
En morada tan agreste,
Tu dulce copa celeste
No ha de besar cariñosa!!

Ni la abeja en tu capullo
Las ambrosías que mana,
Libará ansiosa y galana
Con festejador murmullo.—

'Que si por bello te acoge,
Por salvaje te desdeña.—
Queda allá solo en tu peña,
Y que el viento te deshoje.—

LA ROSA BLANCA,

SONETO.

¿Cuál de las hijas del verano ardiente,
Cándida rosa, iguala tu hermosura,
La suavísima tez y la frescura
Que brotan de tu faz resplandeciente?

La sonrosada luz de alba naciente
No muestra al desplegarse mas dulzura,
Ni el ala de los cisnes la blancura
Que el peregrino cerco de tu frente.

Así, gloria del huerto, en el pomposo
Ramo descuellas desde verde asiento;
Cuando llevado sobre el manso viento
A tu argentino cáliz oloroso
Roba su aroma insecto licencioso,
Y el puro esmalte empaña con su aliento.

—

Á LA SIEMPREVIVA.

Cuando el alma primavera
Con sus joyas peregriuas
Engalana la pradera,
Los valles y las colinas;

Y las hojas entreabriendo
Leve aroma exhala apenas
La rosa, y van descubriendo
Su cáliz las azucenas;

Y su capullo amarillo
De pura esencia desplega
El delicado junquillo
En la espalda de la vega;

Cuando la plácida aurora
El garzo cuello levanta,
Y el tulipan cimbradora
Descubre la tierna planta;

Una flor nace entre aquellas
Emula de las estrellas
En el rubio tornasol,
Y que brilla como ellas
A los reflejos del sol.

En el ramo suspendida
Menuda, bella, encendida,
Es el alma de las flores,
Por que es eterna su vida,
Y eternos son sus colores.

Allá entre las orlas crece

De su fresca vestidura.
Cuando el alba resplandece,
Chispa de fuego parece
Sobre la verde llanura.

Tú, belleza inmarchitable,
De los campos maravilla,
Prodigiosa flor, que luces
Siempre jóven, siempre viva,

De otras bellas los encantos
Son tal vez de mas valía
Que tu capullo inodoro
Y tu corona pagiza.

Tú las ves cuando el abril
Sus tibias auras espira,
En desplegados pimpollos
Vertiendo frescura y vida,

Tú las ves bajo las copas
Que los árboles agitan,

Embriagando las abejas
Y perfumando las brisas.....

Pero tambien deshojadas,
Marchitas y destrozadas
Entre el polvo en la ribera
Tú las verás sepultadas
Al morir la primavera.

Y pasarán los primores
Del risueño abril lozano;
Y pasarán los ardores,
Las tormentas del verano,
Y del otoño las flores;

Y cuando ya el campo yerto
Con la tierra haya cubierto
Tanta beldad fugitiva,
Aun habrá en aquel desierto
Una flor, la siempreviva.—

—

Á LA MARIPOSA.

Bien hayan, mariposa,
Las bellas alas como el aire leves,
Que inquieta y vagarosa
Entre las flores mueves,
Ostentando tu púrpura preciosa.

De blanda primavera
Bien haya la callada y fiel vecina,
La dulce compañera
Del alba cristalina
Perdida entre la flor de la pradera.

Ligera y afanosa
El prado mide tu inseguro vuelo,
Ya huyendo temblorosa,
Ya con ansioso anhelo
En las flores vagando codiciosa.

Bien haya el purpurino,
El vaporoso polvo de tus alas,
Que al aire de contino
Puro y luciente exhalas
Al abrirte en sus ámbitos camino.

¡Ay! goza, mariposa,
La pasagera vida de dulzura,
Que vuela presurosa:
Goza allá tu ventura,
Revolando en la siesta silenciosa.

Apura de las flores
El empapado cáliz que te ofrecen,
Y apura tus amores;
Que ya en la noche acrecen
Del otoño los vientos destructores.

Y eres frágil y bella,
Y tu belleza el cierzo descolora.—
Si sañudo atropella
Tu gala seductora,
Ni aun de tu forma quedará la huella.

—

Á UNA TÓRTOLA.

Tórtola, que misteriosa
Querella de amores cantas,
Dolorida,
Azórada, temblorosa,
Como la lluvia en las plantas
Conmovida:

Que levantas arrullando
De tu seno palpitante
La alba pluma,

Como el agua murmurando
En las olas, vacilante
Leve espuma;

Tórtola tímida y bella,
Melancólica vecina
De los valles,
Nunca tu blanda querella,
Tu cantiga peregrina,
Muda acalles:

Lleva á el aura ese ruido
Que en las soledades mueven
Tus acentos:
Los ecos de tu gemido
Siempre amorosos se eleven
A los vientos.

Canta, canta dulcemente
Con la tierna compañera
Tus amores:

Verás tu arrullo inocente
Dar mas vida á la pradera
Y á las flores.

¿Mas por qué si regalado
Tu murmurio en mis oidos
Desfallece,
El pecho mio turbado,
A tus lánguidos gemidos
Se estremece?

¿Será que yo tambien como tú siento
Esa ternura que tu seno oprime,
Y el dulce sentimiento
Que de inefable amor tu acento esprime?

Con nuevo fuego el corazon se anima,
Al escuchar tu canto apasionado;
¿Será que tambien gima
En amoroso lazo aprisionado?

Es tu tristeza la tristeza mia:

Con tono igual nuestro cantar alzamos;
Si nunca en la armonía,
Tórtola, en el gemir nos igualamos.

Pues si en gemir son iguales,
Nuestras voces uniremos
Retiradas,
Como de dos manantiales
Unirse las aguas vemos
Separadas.

Mis suspiros lastimados,
Tus arrullos gemidores
Mezclaremos,
Tú—sentidos, yo—soñados;
Entrambas canto de amores
Murmuremos.

—

AL MISMO ASUNTO.

¡Ay! La tórtola viuda
Llora su bello y muerto compañero,
Y ensordece la muda
Selva, con su gemido lastimero.

Gime sobre la encina
Donde arrulló su amigo antes con ella.
La luna peregrina
Pasó, y oyó tres veces su querella.

El cierzo se levanta

Y sacude los árboles del monte,
Y ni el cierzo la espanta
Ni la lluvia que anega el horizonte.

Primero que olvidada
Su pena, ha de asordar la selva muda;
Que es fiel enamorada
La tierna melancólica viuda.

Y era su compañero
Como ella amante, hermoso como el dia,
Y su volar ligero
Por el valle á la tórtola seguia.

Solitarias amadas,
Vagasteis con la luz por los collados,
Y en la sombra, apartadas
Os vi, sobre los troncos elevados,

Y tú el cuello escondias
Entre las plumas de sus alas bellas,
Y á su arrullo dormias

Amoroso, al venir de las estrellas....

¡Ay tortolilla viuda!
¡Llora tu bello y tierno compañero,
Y ensordece la muda
Selva con tu gemido lastimero!

Que el fiero azor en tanto
Su vuelo sesgo sobre tí avecina,
Y ya escucho tu canto
Ahogado en la garganta peregrina.

El seno que golpeas,
A tu esposo llamando tiernamente,
Entre sus garras feas
Será regalo de su pico hendiente.

Mas ¡Ay triste y vïuda
Tórtola! si murió tu bello amante,
¿Qué importa que á tí acuda
Y rompa azor tu seno palpitante?...

—

Á UNA GOLONDRINA.

Salud, dulce golondrina,
Allá en el suelo africano
Bella errante peregrina;
Salud perenne vecina
Del ardoroso verano;

Tu cantiga placentera
Llevaste á lejanos mares:
La atrevida, la parlera,
Bien llegada á estos lugares,
Amorosa compañera.

Bien llegada al suelo amigo,
Dó no errante ni perdida,
Te dará á la par conmigo
Un mismo techo el abrigo
En blando nido mecida.

Vuelve, amiga descuidada,
A este recinto sereno
Que te guardo regalada;
¡Aun duran de pluma y heno
Los restos de tu morada!

Aquí tus amores fueron,
Y aquí tu cancion amante;
Aquí tus hijos nacieron,
Y á tu arrullo se adurmieron
Bajo el ala palpitante:

Y aquí mi voz se mezclaba
A tu viva cantilena;
Y aquí impaciente aguardaba
Esa vuelta que tardaba,
De amor y recuerdos llena.

Y eres fiel y agradecida,
Y no te aguardara en vano;
Que nunca fué desmentida
Esa tu fé prometida
Al ardoroso verano.

¡A cuántos ¡ay! golondrina,
Que lealtad y fé cantaron
La ingratitud se avecina!
¡Cuántos con planta mezquina
Sus juramentos hollaron!

Mas no tú: fiel y graciosa,
Cuando se allega el estío,
Vuelves tierna y amorosa
Allá de playa arenosa
Dó te arrojó invierno frio

No olvidaste, no, los dones
De este suelo bienhechor,
Ni las fuentes ni la flor,
Ni olvidaste los rincones
De tu asilo protector.

Volvistes enamorada
A este recinto sereno
Que te guardo regalada,
Y aqui de plumas y heno
Trazarás nueva morada.

Cantaremos, golondrina,
Mis recuerdos y tu amor
Mientras que el sol ilumina;
Sin que entibie la neblina
Ni sus luces, ni su ardor.

—

Á UN RUISEÑOR.

Ruiseñor, que entre las hojas
De la mas florida acacia
Has tenido todo mayo
Fresca, primorosa estancia,

¿Por qué picas ese ramo
De menudas flores albas,
Que te mece si dormitas,
Y te acaricia si cantas;

Y á tu lado cariñoso
Presta á un tiempo con sus galas

Colgaduras á tu lecho,
Perfumes á tu morada?

¡Dióte la acacia amorosa
Cuna y sombra regaladas;
Y tú rompiendo sus hojas,
¡Ay! ¡con heridas le pagas! —

Yo sé, pájaro sonoro,
Que en tus dos inquietas alas
Vas á lanzarte á otro valle
Por siempre huyendo esa rama.

Mas no por eso á tu amiga,
Ruiseñor, con loca saña
Has de romperle las perlas
De su corona preciada.

¡Que cuando estés lejos de ella,
Tal vez recuerdes con ansia
La frescura de su sombra,
La esencia de sus guirnaldas!

a;
a

do
o
eve,

Ni para ver en su ocaso
Al sol hermoso un instante
Ha detenido su paso
Indiferente y errante.

Ni de la noche llegada
A las tinieblas atiende,
Ni objeto alguno suspende
Su turbia incierta mirada.

Y ni lágrimas ni acentos,
Ni un suspiro mal ahogado
Revelan los sufrimientos
De su espíritu apenado.

¡Tal vez de tantos gemidos
Tiene el corazon postrado!
¡Tal vez sus ojos rendidos
Estan, de mal tan llorado!

¡Tal vez no hay un pensamiento
En su cabeza marchita,

Y en brazos del desaliento
Ni oye, ni vé, ni medita!—

El poeta « suave rosa »
Llamóla, muerto de amores.....
¡El poeta es mariposa
Que adula todas las flores!

¡Bella es la azucena pura!
¡Dulce la aroma olorosa!
Y la postrera hermosura
Es siempre la mas hermosa.

En sus amantes desvelos
La envidiaron las doncellas;
Mas ¡ ay ! son para los celos
Todas las rivales bellas.

Vióse en transparente espejo
Linda la jóven cabeza;
Mas tal vez dió en su reflejo
Su vanidad la belleza.

¿Y qué importa si es hermosa?
Sola, muda y abismada
Solo busca la apartada
Arboleda silenciosa,

Y allí cuando debilita
Su espíritu el sufrimiento,
En brazos del desaliento
Ni oye, ni vé, ni medita.

—

LAS DOS PALMERAS.

Allá entre las tinieblas
De la noche perdido
¿No oís algunas veces
Vago, triste rumor,

Como el eco lejano
Del pájaro oprimido,
Que estrecha entre sus garras
Sacre devorador?

Es la voz de la virgen
Palmera enamorada,

Que su gemido ardiente
Alza en la soledad;

Y á las auras en torno
Llama desconsolada,
Y sus brazos agita
Con amante ansiedad.

En las noches lamenta
Sus perdidos amores:
Las auras conmovidas
Gimen en derredor;

Y por oir su historia
Los sauces tembladores,
Sus lánguidas cabezas
Levantan con dolor.

Cuenta que ya á lo lejos
De su palmera amante
No vé alzarse la frente
Con desvelo galan;

Que ya nunca hácia ella
Los brazos anhelante
Tiende sobre los vientos
Con amoroso afan.

Que antes la brisa dulces
Halagos la llevaba,
Y á su amante en las noches
Oia suspirar;

Y de alegría entonces
Su seno palpitaba,
Y dejaba al ambiente
Su frente acariciar.

Mas del invierno crudo
El vendaval airado
Sus brisas mensageras
Tiernas arrebató;

Y de los rudos golpes
Su amante fatigado

Hácia el suelo agitada
La cabeza inclinó.

¡Y desde entonces nunca
Vé ya la amada frente,
Ni sus brazos ansiosos
Sobre los aires vé!

¡Ni escucha su murmullo
Que halaga solamente
Las bellas florecillas
Que brotan á su pié!

Asi en la noche cuenta
La palma sus amores;
Las auras conmovidas
Gimen en derredor;

Y al escuchar su historia
Los sauces tembladores,
Sus lánguidas cabezas
Inclinan con dolor.

AL HADO.

La estrella, el signo... Ideal!
El Hado infausto... Locura;
Que para todo mortal
Propicia, fácil, igual
En el mundo es la ventura.

Para el monarca opulento,
Para el mendigo indigente
Tiene la vida igualmente
Un oportuno momento
De sonrisa complaciente.

No es la fortuna obtener
Ese atributo del ser
Que jamás faltó á ninguno:
La buena estrella es saber
Asegurar cada uno
Su fugitivo placer.

Fruto es la felicidad
Para gustarle en sazon;
Quien malogra la ocasion,
Culpa á la casualidad,
Y llama á su imprevision
Destino, fatalidad.

Unos su influjo sintieron
Porque su influjo estimaron,
Otros de cerca la vieron,
Y su favor desdeñaron
Porque no la conocieron.

Y aunque en el mundo tú así
Alumbras, felicidad,

Sol de muchos, yo ¡ay de mi!
Los rayos no percibí
De tu hermosa claridad.

Tal vez á mi lado estabas
Cuando de tu lado huia,
Tal vez tierna me buscabas
Y amorosa me llamabas
Cuando tu voz no entendia.

¡Cuán costoso es el saber,
Cuán costoso el aprender
Lo que debemos buscar,
Y cuán fácil olvidar
Lo que debemos temer!

¡Y cuán tarde el desengaño
De nuestros errores vemos!
Error que al fin conocemos
Para sentir mas el daño
Que reparar no podemos.

Mas daños al mas novicio

Corazon han de tocar;
Pero es risible artificio
A nuestras culpas llamar
Hado adverso ni propicio.

—

Á UNA COQUETA.

Como aquellas lucecillas
Vaporosas y ligeras,
Que sin calor á millares
Se levantan de la tierra;

Los amores en tu pecho,
Fragilísima belleza,
Sin que su fuego te abrase
Alzan mil llamas diversas:

Brotan, lucen, se disipan,
Otras nacen tras aquellas:
La inconstancia las apaga,
La liviandad las renueva.

—

CANCION.

Cuando la luz de la tarde
En occidente se apaga,
Y la reina de las sombras
Con ligero paso avanza;

En esas horas tranquilas,
Inspiradoras del alma;
Cuando en las alas del viento
El silencio se derrama;

Cuando la tórtola dulce
Lánguido suspiro exhala
Con acento lastimero
Recogida entre las ramas,

A aliviar voy mis cuidados
A la orilla solitaria
De un pacífico arroyuelo,
Que entre fresnos se dilata.

Y vagando pensativa
Por la arboleda callada,
Sueño dichas venideras,
O canto las ya pasadas.

Y comparo al manso rio
Mi existencia sosegada.—
El rueda blando entre flores;
Ella entre ilusiones blanda.

—

AL NIÑO EMILIO C.

¡Cuál brilla su alba frente
De angélica pureza!...
¡Cual vierte su mejilla
El candor infantil!

Exhalan el aliento
Sus labios bulliciosos
Mas dulce que las auras
Del aromado abril.

Entre rosado velo
De púrpura y de flores
Protege su descanso
El ángel de la paz.

Y vaga cariñoso
En torno de su cuna
Y halaga blandamente
Su adormecida faz.

Y coronó su lecho
De blancas azucenas.
Y coronó su frente
De rosas y azahar.

Silencio.... que no turbe
Ninguna voz humana
Su plácido sosiego
Su blando dormitar.

—

CANCION.

Con el otoño perdidas
Son las claras y lucidas
Alboradas,
Y las flores del estío
Yacen en el valle humbrío,
Deshojadas.

De los árboles desnudos
La vestidura luciente
Primorosa,
Ya de aquilones sañudos
Arrebata la corriente
Presurosa.

Al melancólico suelo
Ya la lumbre del sol bella
No aparece:
Lleno de sombras el cielo,
En las noches ni una estrella
Resplandece.

Ya la lluvia se derrama
Entre la amarilla grama
Y acrecienta,
La desolada tristura
Que en la desierta llanura
Se presenta.

El campo tristeza ofrece
Y la ciudad enfadosa
Tedio inspira:
Tú mis horas embellece,
Compañera deliciosa,
Blanda lira.

Otros busquen en buen hora

La dicha de sus amores
Ponderada:
¡Tú con risa encantadora
Me darás dichas mayores
Retirada!

Otros oigan estasiados
Acentos enamorados,
¡Lira mia!
Solo á mí tu canto grave
O tu murmurio suave
Me estasia.

DESPEDIDA AL AÑO DE 1842.

A Dios, el que caminas
A hundirte en lo pasado :
Mis ojos con tristeza
Te ven desparecer ;

Tus dias á mi vida,
Crueles, han dejado
Mas lágrimas que risa,
Mas penas que placer.

Y tú los años mios
Con nuevo peso aumentas
Y una esperiencia añades
Al jóven corazon ;

Mas yo tierno saludo
Te doy porque te ausentas;
Que hasta los males mismos
Nuestros amigos son.

¡Ay! tal vez mas ingrato
El año venidero
Me hará con triste envidia
Tus horas recordar;

Que siempre mas agudo
Es el dolor postrero,
Y es siempre mas amargo
El último pesar.

En vano la esperanza
Con risueño atavío
Muéstrame los objetos
Allá en el porvenir:

Las que á lo lejos brillan
Cual gotas de rocío,

Son toscas piedrecillas
Que el sol hace lucir.

Y á la remota dicha
La fantasía vana
Y el corazon ansioso
Cercana sueñan ver:

¡El ignorante niño
Vé tambien muy cercana
La luna que sus manos
Se afanan por coger!

Mejor fuera que ahora
Partiera yo contigo
Y la faz nos velara
Juntos la eternidad,

Que sola y fatigada
En un suelo enemigo
Quedarme con mi vida
De perpétua ansiedad.

Mejor que el sueño eterno
Apagara el latido
De este mi sin ventura
Inquieto corazon;

Que en sus amantes penas
Dejarle sumergido,
Llorando de infortunio,
Temblando de pasion....

Mas ya la noche avanza
Y á pasos presurosos
A sepultarte corres
En el inmenso mar,

Donde mi pena un dia,
Mis sueños fatigosos,
¡Ay Dios! y mis amores
Iré yo á sepultar.

FIN.